

Cuando la sangre de una muchacha es dicha y escuchada. Apuntes sobre testimonio y experiencia política de mujeres militantes en *Djamila Boupacha* (1962) de Simone de Beauvoir y Gisèle Halimi

When a girl's blood is told and heard. Notes about testimony and political experience of militant women in *Djamila Boupacha* (1962) of Simone de Beauvoir and Gisèle Halimi

Fabiana Grasselli
CONICET, Argentina
fnebeg@hotmail.com

RESUMEN

Este trabajo constituye un ejercicio de interpretación del relato testimonial Djamila Boupacha, publicado en 1962 por Simone de Beauvoir y Gisèle Halimi. El objetivo del mismo es analizar las condiciones específicas de producción y las circunstancias históricas de enunciabilidad y audibilidad en las que emerge la denuncia y reivindicación de la joven argelina militante independentista. Asimismo se busca comprender las operaciones discursivas y significaciones que el texto produce sobre una experiencia de dominación y de rebelión atravesada en la encarnadura de un cuerpo sexuado.

ABSTRACT

This research represents an exercise of interpretation about the testimonial story Djamila Boupacha, published in 1962 by Simone de Beauvoir and Gisèle Halimi. The objective of this work is to analyze the specific conditions of production and the historical circumstances of enunciation and audibility where the denunciation and recognition of the young pro-independence Algerian militant emerged. Likewise, this investigation aims to understand the discursive operations and the meanings that the mentioned book produced about an experience of domination and rebellion lived in the embodiment of a sexual body.

Palabras clave: *Boupacha, Beauvoir, Halimi, experiencias políticas, mujeres, narrativas testimoniales*

Keywords: *Boupacha, Beauvoir, Halimi, political experiences, women, testimonial narratives*

*...la transformación del silencio en lenguaje y en acción
es un acto de autorevelación, y como tal,
siempre parece plagado de peligros.*

AUDRE LORDE, 1984

INTRODUCCIÓN

Aproximarse a la palabra testimonial de mujeres militantes implica situar la mirada en relatos que anudan experiencias, discursos, política e historia. Por decirlo a la manera de Benjamin, estas narrativas suelen “adueñarse de un recuerdo tal como éste relampaguea en un instante de peligro” (1982, 108). Se trata de una peligrosidad doblemente orientada, dado que, por una parte, tiñe la situación de enunciación de lo rememorado/dicho, es decir, las condiciones materiales y subjetivas en que el testimonio es pronunciado, y por otra, impregna los efectos del enunciado por constituir una intervención política contrahegemónica y antipatriarcal.

En esta genealogía del gesto testimonial de mujeres es posible reconocer a *Djamila Boupacha*. Publicado a principios de la década del sesenta por Simone de Beauvoir y Gisèle Halimi recupera testimonios vinculados a la experiencia de secuestro y tortura de una joven militante por la liberación de Argelia del poder colonial francés¹. De este modo se configura como una toma disruptiva de la palabra en la que la sujeto/las sujetos que articulan el testimonio se erigen contra la pretendida neutralidad de la historia y empuñan una versión de los hechos, de la experiencia colectiva y la experiencia subjetiva mujeril capaz de arrancarle a los sectores dominantes una oportunidad para decir en clave propia lo sucedido². Así inscriben en el orden de lo político, del lenguaje y de una tradición histórica esas vivencias silenciadas y marcadas, no sólo por la situación de subalternidad impuesta desde el colonialismo, sino también por las consecuencias políticas de la diferencia sexual.

Partiendo de estas consideraciones, el presente trabajo tiene por objetivo, por una parte, analizar las circunstancias epocales –políticas, sociales y culturales– de enunciabilidad y audibilidad que hicieron

posible la emergencia del relato de Djamila Boupacha. Por otra parte, se busca indagar en las operaciones que el discurso testimonial de una vivencia destinada a no ser dicha, y sin embargo narrada, pone en juego para una des-monumentalización de la historia de subyugación de las mujeres militantes, a la vez que se busca ofrecer una interpretación de los sentidos configurados en el relato sobre una experiencia de dominación y de rebelión atravesada en la encarnadura de un cuerpo sexuado. En esta dirección, bajo una hipótesis formulada a partir de los planteos de Adrienne Rich y Audre Lorde³ acerca de que los espacios construidos por mujeres para la politización de las opresiones sufridas propician una palabra testimonial combativa (y posibilitadora de prácticas emancipatorias), y habida cuenta de que los sesentas constituyen una época en la que se abre un campo de experimentación política denso y complejo, propongo aquí un abordaje de las tensiones entre *archivo* y *testimonio* (Agamben, 2002), entre experiencia de mujeres y lenguaje que atraviesan el texto abordado.

En función de esto, he rastreado las articulaciones visibles en dicho texto entre procesos sociales y políticos cruciales de inicios de la década del sesenta en Francia y Argelia. Asimismo he considerado las tensiones presentes en las prácticas del campo cultural de ese horizonte epocal, así como las trayectorias políticas e intelectuales de Simone de Beauvoir y Gisèle Halimi y su devenir feminista, y las condiciones específicas de producción del testimonio de Djamila Boupacha. En este sentido, he trazado una estrategia de lectura que se orienta según las siguientes preguntas: ¿De qué manera muestra el texto las huellas de las condiciones históricas que abren la posibilidad de que las sujetos hablen y sean escuchadas? ¿De qué modo son significadas la corporalidad de una mujer militante y la dominación patriarcal-colonial? En otras palabras, las reflexiones que siguen procuran dar cuenta de los modos en que la narración testimonial sobre el secuestro y la tortura de una joven militante argelina pone en escena esa trama de opresión y resistencia, de palabra urgente frente a los poderosos, de palabra propia y peligrosa, y a la vez tensada que se teje en los decires de las mujeres acerca de sus experiencias políticas.

DE LAS EXPERIENCIAS DE MUJERES Y LAS POSIBILIDADES PARA LO NARRABLE

Djamila Boupacha es un relato testimonial publicado por Simone de Beauvoir y por la abogada feminista Gisèle Halimi en 1962 en Francia. Como su título lo indica, el libro denuncia la opresión y la tortura ejercida por autoridades militares y civiles francesas y argelinas en 1960 sobre una joven de veintidós años argelina, militante independentista del Frente de Liberación Nacional. También señala la connivencia del sistema judicial con el poder político ante hechos que atentaban flagrantemente contra los derechos humanos fundamentales y revisa el juicio interpuesto por la querrela planteada por la joven ante una corte en París para denunciar los ultrajes que padeció durante su detención. En el mismo sentido, se describen los mecanismos sistemáticos de la burocracia judicial francesa y argelina para entorpecer y boicotear el trabajo de Halimi como letrada y explica cómo se llevó adelante la campaña de apoyo a la causa de Boupacha frente a la opinión pública francesa.

La narración reconstruye detalladamente las sevicias padecidas por Djamila Boupacha. El 10 de febrero de 1960 las fuerzas del orden de Francia en Argelia irrumpen en la casa de Djamila; es secuestrada junto a su padre, su hermana y su cuñado, maltratada con bofetadas y golpes de puño frente a su familia y llevada a un centro de detención llamado El Biar. Permanece allí durante una semana, en la que es arrojada a una celda, interrogada y golpeada varias veces. En una de las golpizas le rompen las costillas. Su padre, hermana y cuñado se encuentran en celdas cercanas y también son torturados. Su padre es pasado por la electricidad y termina hospitalizado. También aplican la picana contra su cuñado, que finalmente es llevado a realizar trabajos forzados.

Djamila es acusada de colocar una bomba en un restaurant de Argel el 27 de septiembre de 1959, artefacto que fue desactivado antes de estallar. Ningún testigo reconoce haberla visto en el lugar de los hechos y ella, si bien reivindica su carácter de militante independentista y agente de enlace del Frente de Liberación Nacional, se declara inocente de las acusaciones que se le imputan. No obstante se la procesa judicialmente. El 17 de febrero Djamila es trasladada a otro centro

de torturas llamado Hussein Dey donde los interrogatorios con la utilización de la picana se repiten. Los carceleros beben cervezas, la escupen y le profieren obscenidades mientras le aplican electricidad en los senos, en el ano y la vagina. Tres o cuatro días después, un grupo de nueve policías y militares franceses llevan a Djamila a una habitación durante la noche y se encarnizan con ella, todos la golpean, la atan de pies y manos, la sumergen en una bañera hasta que comienza a ahogarse, la abofetean, y en esas circunstancias le hacen confesar su participación en el atentado. Pero Djamila también se declara culpable de muchos otros crímenes cuyos responsables ya han sido condenados y éste acto de insumisión enfurece a sus verdugos. La joven, que era virgen, es amenazada de violación, pero los torturadores la insultan diciéndole que no será estuprada porque seguramente ello “le provocaría placer”, y acto seguido la violan con una botella. Djamila sangró y se desmayó quedando inconsciente dos días. Algunos días después declara frente a un juez en Argel y, aunque debe ratificar sus confesiones arrancadas bajo tortura, al concluir dice al magistrado: “Escriba usted que yo fui torturada en Hussein Dey y que he sufrido mucho. Quiero ser examinada por un doctor. Tengo la costilla quebrada por los golpes de un capitán paracaidista” (40-41).

Ahora bien, si como se indica en varias ocasiones en el texto, la denuncia de Djamila Boupacha es una entre miles, si su padecimiento es compartido por otros y otras, cabe preguntarse qué hizo posible en el marco de esa situación histórica la emergencia y circulación masiva de un relato testimonial sobre experiencias de una mujer militante que se configuró como herramienta política anti-imperialista y anti-patriarcal. De hecho, Simone de Beauvoir arroja ese cuestionamiento en la introducción del texto como una pregunta retórica: ¿Cómo es que podemos estar convulsionados por la sangre de una muchacha? (1962, 1). Un modo de abordar esa cuestión surge cuando se atiende a la relación entre las posibilidades que se abren para los sectores subalternos, incluidas las mujeres, en ese momento histórico que constituyen los sesenta a escala mundial, el papel jugado por Francia como nación imperialista frente a los movimientos independentistas en África, las tensiones que impregnan el quehacer de los y las intelectuales en los sesentas, la trayec-

toria de militancia de Gisèle Halimi como abogada y feminista, y la trayectoria de Simone de Beauvoir como pensadora comprometida políticamente y en un devenir feminista.

Los rasgos preponderantes del período denominado “los sesenta” están atravesados por un proceso de ascenso de las luchas sociales y una marcada radicalización política. Tanto trabajos académicos como textos periodísticos o testimonios de experiencias, coinciden en establecer más o menos explícitamente que el perfil de las ideas, conceptos, acontecimientos, prácticas y discursos se configuraba en torno a la noción de cambio radical, independientemente de las valoraciones positivas o negativas que se hicieran sobre esto. El panorama socio-político mundial y de la Francia de la posguerra a inicios de la década demuestra que en un lapso relativamente breve se consolidó una percepción generalizada de una transformación inevitable y deseada del universo de las instituciones, de la subjetividad, del arte y la cultura. La Revolución Cubana en América Latina, los efectos de los combates por la descolonización en Vietnam y Argelia, los movimientos antirracistas, pacifistas y feministas en Europa y EEUU daban cuenta de una dinámica emancipatoria. En ese marco, a fines de los cincuenta, la intervención francesa en Argelia debió enfrentarse a las rebeliones lideradas por el Frente de Liberación Nacional. Aunque el general De Gaulle preparó hacia 1960 una política de reconocimiento de la independencia argelina, en Francia el sentimiento más extendido entre la ciudadanía se vinculaba a la idea de que la guerra había durado demasiado y a la inquietud por los métodos que se estaban utilizando para llevarla a cabo. En los primeros sesentas, el libro de Henri Alleg *La Question* concentró la atención en la práctica de la tortura por parte del ejército francés. El juicio de Alleg en 1960, seguido de la desaparición y asesinato del profesor universitario comunista Maurice Audin⁴, el juicio en 1961 de Djamila Boupacha y el *Manifiesto de los 121*⁵ sobre el derecho a la insumisión firmado por destacados intelectuales, entre los que se encontraban Simone de Beauvoir y Sartre, todo ello contribuyó a que la opinión pública francesa se volviera en contra de la política civil y militar de Francia en Argelia (Calvocoressi, 1999, 512). Así, en 1961 Sartre analizaba la violencia de los colonizados colocándola en el lugar de partera de una nueva humanidad (1974, 7-29).

En ese horizonte temporal condensan las configuraciones y experiencias de un campo cultural también radicalizado, en el que la importancia política concedida al/la intelectual, al/la artista y a sus producciones específicas estuvo acompañada de una interrogación permanente por su legitimidad social. Sartre forja, en ese contexto, una imagen de intelectual y de su compromiso social que ponía fin al aislamiento del quehacer cultural respecto de las clases subalternas a través de una práctica en el ámbito de las ideas que se solapaba con la acción política.

Beauvoir, profundamente involucrada en esos debates y convencida de la necesidad del compromiso de los y las intelectuales asume en relación a la causa Boupacha una práctica política concreta. En la revista *Tiempos modernos*, de la que ella era centro, da a conocer torturas y testimonios de musulmanes perseguidos. Denuncia toda forma de colonialismo, explotación y opresión. Milita enérgicamente contra el regreso del general De Gaulle al poder. Preside el Comité de defensa de Djamila Boupacha. Como ha indicado Karine Tinat, la guerra de Argelia desata el activismo de Simone, en el sentido de que por primera vez sale a la calle, participa de manifestaciones de apoyo a la lucha anticolonial, toma la palabra en actos políticos contra el gobierno francés y es perseguida (2009, 787-788). En ese proceso de involucramiento con sectores subalternos puede leerse su devenir feminista. Beauvoir ya era en 1960, año en que toma partido por la causa de Boupacha, la autora de *El segundo sexo*, un texto que, como se ha reconocido en numerosas oportunidades, abre desde la reflexión “un horizonte de libertad para las mujeres” (Ciriza, 2011, 93). Como afirma Ciriza, ese itinerario marcado por sus prácticas político-intelectuales “la llevó a transitar desde el filosofar sobre la libertad singular a la *praxis* en procura de emancipaciones colectivas”; desde el apoyo a la lucha anticolonial “como preocupación sin distinción sexual (...) al combate por y con las mujeres” que sería plenamente asumido en la década siguiente (2011, 85).

Es en esta coyuntura que los recorridos de Beauvoir, Halimi y Boupacha se encuentran. Djamila, una mujer joven que se construye a sí misma en su testimonio desde quien reclama justicia por haber sido secuestrada, detenida y castigada ilegítimamente a causa de su participación política en el FLN, se rebela contra el silencio impuesto

por sus verdugos. Ella dice lo que le obligan a confesar frente al juez, pero no sólo dice las palabras impuestas por los efectivos del ejército a fuerza de lacerar su cuerpo, también dice que ha sufrido mucho y que exige atención médica desde reconocerse una víctima de la represión imperialista, y en ese gesto impregnado por su identidad de militante independentista denuncia los golpes, la violación, la tortura recibida y señala a los torturadores. Su experiencia política, o dicho de otro modo, su experiencia como parte de un colectivo que lucha, se juega en esas palabras a partir de sentidos vinculados a una dignidad y una rebelión capaces de perforar el discurso ajeno del opresor. Lo que la discursividad hegemónica había obturado, irrumpe en tensión como testimonio desde una sujeto de enunciación que articula su historia peligrosa, que se anima a decir contra los poderosos a partir de un re-conocerse, junto a otros/otras, en esas singulares circunstancias históricas, con ese derecho.

Halimi, una abogada de Túnez, que desde muy joven se había comprometido con las causas feministas, toma la defensa del caso Boupacha. Desde 1956, luego de graduarse en París, había defendido a sindicalistas tunecinos, por lo cual fue detenida por autoridades militares. También se desempeña, al momento de tomar contacto con Djamila, como abogada del Frente de Liberación Nacional de Argelia. En ese hito de su trayectoria hace alianza con Simone de Beauvoir quien moviliza a la opinión pública desde la tribuna que ha conquistado como intelectual comprometida. La atención generada sobre el caso Boupacha es extraordinaria, dado que se trata de la autora de *El segundo sexo* hablando contra el *establishment* francés y a favor de una mujer argelina rebelde (Murphy, 1995).

Anudadas en esa instancia de la historia, Halimi y Beauvoir publican en co-autoría el corpus de materiales testimoniales reunidos en *Djamila Boupacha*, donde la palabra de Djamila circula más allá de aquello que ha sido habilitado por la *discursividad social* como lo decible (Angenot, 2010) y con ella las experiencias de opresión de las subalternas comienzan a filtrarse desde un zócalo de silencio y violencia. Como señala Agamben, la potencia semántica y performativa de un enunciado testimonial radica en el hecho mismo de que tenga lugar (2000, 144). Su existencia reenvía al afuera del lenguaje, es decir, su haber sido puesto en palabras señala la contingencia histórica de sus

condiciones de producción. Si se consideran los discursos como *praxis* social que se inscribe en el terreno de la historia, su emergencia porta la evidencia no sólo de una irrupción en el *archivo*⁶ (lo habilitado para ser dicho, recordado, pronunciado, narrado), sino concomitantemente de un momento de ensanchamiento de los márgenes de aceptabilidad de lo que puede ser pronunciado y escuchado. Esa apertura para la enunciabilidad y la audibilidad se configura en un movimiento dialéctico a partir del cual la posibilidad de lo narrable es habilitada por procesos sociales y políticos, por encuentros de trayectorias marcadas por esos procesos, por entramados de solidaridades entre sujetos/as; y al mismo tiempo, el acontecer mismo del testimonio impacta sobre ese devenir histórico, colectivo y subjetivo.

El relato de Djamila y sus condiciones para emerger como testimonio y denuncia de torturas y violaciones experimentadas por muchas otras mujeres, que antes de ella habían caído en manos de soldados franceses, puede tener lugar en esa coyuntura, en el transitar esa experiencia por parte de la rebelde argelina en esa circunstancia epocal, en ese momento de las trayectorias de Halimi y Beauvoir. La puesta en juego de una solidaridad entre mujeres conscientes de los lugares de opresión en las que son ubicadas por los poderes dominantes opera en este relato como dispositivo que revela el “detrás de la escena”, es decir, hay una visibilización de las relaciones sociales que sostienen la dominación. Se trata de una des-naturalización, una des-monumentalización, una des-neutralización, y por lo tanto de una politización de la situación de las subalternizadas. Si como plantea Dorothy Smith la experiencia sólo surge como diálogo entre lo vivido y la necesidad de evocarlo, para uno/a mismo/a o para algún/a interlocutor/a (1989), la experiencia de mujeres narrada en este testimonio posibilita la emergencia de un lenguaje para hablar de lo previamente innominable, lo cual permite un proceso creativo a través del cual se puede llegar a traducir la experiencia en conciencia política radical (Stone-Mediatore, 1999). En este sentido la narración insiste en que las violencias que se denuncian han recaído sobre el cuerpo de una mujer, y en ese dar cuenta de las consecuencias de la diferencia sexual en el marco de relaciones de poder coloniales y patriarcales lo que se relata aparece impregnado de ecos y murmullos de discursos de otras silenciados, no escuchados, no dichos todavía.

Boupacha, Halimi y Beauvoir, en tanto sujetas productoras del testimonio, dan lugar a una narración en la que la experiencia de la primera, una mujer-otra, se reterritorializa en el registro de la propia experiencia de las dos últimas a partir de ese vínculo sororo politizado y politizante. Las vivencias de esa mujer-otra impregnan el discurso configurado a varias voces volviéndolo escritura de barricada en clave anticolonialista y antipatriarcal. Se trata de un diálogo que da lugar a un libro-corpus compuesto de múltiples registros, documentos, textualidades, un gesto de escritura colectiva cuyo *locus* de enunciación es un yo-nosotras, donde lo subjetivo y lo colectivo siempre en tensión, portando las contradicciones entre sujeto y alteridad, vivencia, recuerdo y lenguaje, colectiviza una experiencia, intransferible pero, a su vez, comunicable para los y las sujetos que emprendieron la lucha anticolonial desde lugares muy diversos.

LO TESTIMONIAL COMO PRÁCTICA CONTRAHEGEMÓNICA Y ANTIPATRIARCAL

El libro *Djamila Boupacha*, en tanto escritura testimonial, constituye una *praxis* discursiva que se propone, según las conceptualizaciones de Roger Chartier, hacer creer, hacer decir, hacer hacer y por ello se comporta como máquina de producir efectos configurando acciones de escritura (2000). La práctica escritural de lo testimonial supone pensar estos textos como máquinas discursivas que “funcionan” en el sentido de que producen efectos políticos hilvanando dialécticamente pasado y presente, contribuyendo a articular una narrativa de la experiencia histórica de los y las oprimidos/as, señalando aliados y enemigos en el desarrollo de las luchas sociales y advirtiendo sobre la violencia política y cultural que en ellas se juega. Así, en este tipo de escritura, como ocurre en este libro de testimonios reunidos por Beauvoir y Halimi, hay una insistencia por poner en circulación una verdad obturada que se configura como un elemento de ruptura del cerco de silencio levantado por el poder dominante. La semántica del *Djamila Boupacha* gravita en torno a los efectos performativos que busca producir: desentrañar la verdad, conseguir que se castigue a los culpables y obtener reparación para las víctimas; en palabras de

Beauvoir, “desmontar pieza por pieza una máquina de mentiras que apenas ha dejado filtrar en años algún atisbo de verdad” (1962, 2).

El relato se propone como lo verdaderamente acontecido vehiculizando una experiencia histórica, a la vez individual y colectiva, que irrumpe de modo dialógicamente opuesto a los discursos sostenedores de una versión de la historia oficial mentirosa, tergiversadora, silenciadora. Los acontecimientos narrados tienen las huellas de las tensiones entre lo privado y lo público puesto que se pone en escena una vivencia singular, encarnada en un cuerpo de mujer capturada, torturada, violada, maltratada. A propósito Elizabeth Jelin ha señalado:

Las memorias personales de la tortura y la cárcel están fuertemente marcadas por la centralidad del cuerpo. La posibilidad de incorporarlas al campo de las memorias sociales presenta una paradoja: el acto de la represión violó la privacidad y la intimidad, quebrando la división cultural entre el ámbito público y la experiencia privada. Superar el vacío traumático creado por la represión implica la posibilidad de elaborar una memoria narrativa de la experiencia, que necesariamente es pública, en el sentido de que debe ser compartida y comunicada a otros –que no serán los otros que torturaron ni otros anónimos, sino otros que, en principio, pueden comprender y cuidar (2002, 113).

En otras palabras, como se señaló en el apartado anterior, la articulación del relato de una experiencia de violencia represiva, la reflexión sobre lo vivido/narrado de manera singular en los espacios donde la escucha es posible, y el arrojar estos relatos testimoniales al ámbito de lo público abre una brecha para la denuncia, las reivindicaciones de las víctimas y la recuperación de una memoria ocluida. Asimismo este gesto supone visibilizar la tensión entre lo que, desde un sentido común hegemónico, es considerado, o bien como perteneciente de la esfera individual, o bien como parte de los asuntos públicos. Esa tensión aparece frecuentemente en los testimonios como una impugnación a la fragmentación cultural entre lo público y lo privado, puesto que el cautiverio y la tortura sufridas por los y las testigos no se presentan como el resultado de una agresión accidental, errada o excesiva, sino emanados de una violencia erigida como política de represión desde un poder estatal hacia los y las adversarios políticos. En ese sentido, las víctimas que ofrecen su testimonio no sólo fueron

victimizados/as en tanto sujetos y sujetas individuales agredidos/as, sino que su vínculo con un colectivo social en pugna con los sectores dominantes es lo que determina su condición de violentadas/os políticos. Como ha dicho el poeta Francisco Urondo: estas tragedias “más que tragedias individuales son tragedias colectivas” (1973, 11). Y en la misma dirección lo indica Simone de Beauvoir en el prólogo de *Djamila Boupacha* cuando rescata las palabras de la joven militante: “Yo no soy sino una detenida entre miles” (1962, 8).

En este registro, en el texto abordado, la modulación específica que adquiere esa tensión dialéctica entre lo individual y social se configura sobre la recurrencia a la experiencia encarnada de Djamila Boupacha. Su cuerpo es presentado en la trama simbólica de la narrativa como “el sitio fundamental de la opresión y la resistencia” (Marso y Moynagh, 2006, 7) en relación al poder colonial y a la violencia punitiva y disciplinadora descargada por el patriarcado.

En función de esa centralidad de la corporalidad mujeril, el conjunto de textos que componen el libro-corpus (un retrato de Boupacha realizado por Picasso, algunas otras obras pictóricas sobre los acontecimientos narrados, fotografías de Djamila, de su familia, de Beauvoir y Halimi; una introducción escrita por Simone de Beauvoir, la descripción del proceso más otros textos escritos por la abogada en los que recupera conversaciones con Djamila, un anexo que contiene un artículo de Simone más un texto del padre de Djamila, y una serie de testimonios sobre el caso producidos por personalidades e intelectuales franceses) se organiza, principalmente, en función de dos isotopías que articulan ideológicamente el texto. Una de ellas está dada por la iteración de la denuncia antiimperialista de ese carácter estatal, masivo y sistemático del cautiverio clandestino y la tortura en Argelia, y asociado a este núcleo de sentido, aparece el señalamiento de la falacia de los discursos oficiales sobre la situación de represión y guerra en ese país, de la cadena de complicidades y encubrimiento de jueces, abogados, médicos; y de la indiferencia de los ciudadanos y ciudadanas franceses. Esta idea está presente, por ejemplo, en una sección del texto en la cual Halimi transcribe fragmentos de las cartas enviadas a De Gaulle y otros funcionarios del gobierno francés. Allí afirma en modo reiterado que era innegable la existencia de una práctica sistemática de tortura en Argelia dentro de centros de reclusión

que funcionaban sin la menor clandestinidad. También comunica el efecto que buscaba con el envío de esas cartas: acabar con lo que ella consideraba “un mito”, pues cada vez que las autoridades francesas eran informadas de la existencia de apremios ilegales, la respuesta era que “París no lo sabía”. Asimismo, en la introducción del libro, Simone de Beauvoir declara:

Desde 1954 somos todos cómplices de un genocidio que bajo el nombre de represión, después de pacificación, ha producido un millón de víctimas: hombres, mujeres, niños martirizados en los operativos rastrillos, quemados en sus propios pueblos, abatidos, decapitados, eventrados, torturados hasta la muerte; tribus enteras libradas al hambre, al frío, a los golpes, a las epidemias en centros de agrupamiento que, en realidad, son campos de exterminio (1962, 1).

Y más adelante afirma: “No es que se tortura en la Armada (...) Es la Armada la que tortura.(...) La Armada desea mantener bajo la servidumbre a un pueblo entero resuelto a morir antes que renunciar a su independencia” (1962, 1).

Otra isotopía organizadora de los materiales compaginados en el relato está dada por lo que podría conceptualizarse como una mirada feminista de la experiencia atravesada por Djamilia Boupacha. En las numerosas ocasiones en que se hace referencia a las vejaciones sufridas por la joven en los diversos documentos, testimonios y narraciones recuperados en el libro, la alusión al ensañamiento sobre sus pechos y genitales y a la violación con la botella es colocada en un primer plano. Incluso aparece en los dibujos y obras pictóricas que forman parte de los materiales que componen el libro. La tortura practicada sobre ese cuerpo de una mujer militante devela el sustrato sexista de la represión y la guerra. La violación aparece como una forma de tortura asociada a los crímenes de guerra y a los procedimientos realizados por el aparato represivo del estado colonial contra los enemigos y enemigas políticos. Sin embargo, la trama simbólica del relato insiste además en la des-neutralización de la violencia ejercida sobre la joven, es decir, Halimi y Beauvoir ponen una y otra vez en escena la violación del cuerpo de una joven, y en con ese dispositivo discursivo, hacen foco en que se trata de una experiencia que solamente una mujer puede atravesar. Si como señala Rita Segato, las

violaciones en el sistema de poder patriarcal constituyen un castigo contra las mujeres que “eluden o resisten las posiciones subordinadas y tuteladas” (2003, 31), en el texto de Beauvoir y Halimi es la condición de mujer argelina y militante lo que se muestra como signo de desplazamiento de Djamila hacia una posición no destinada a ella en la jerarquía del modelo tradicional.

En ese reenvío constante de esta narrativa testimonial a la corporalidad de Djamila se muestra no sólo el horror de la colonialidad francesa y sus políticas represivas; sino también se resalta que la violación aplicada a las mujeres islámicas afecta su estatus social, ya que en su cultura sobre ellas recae la vergüenza y esto las excluye de ser elegibles para el matrimonio. La violación deja marcas en el cuerpo, y esas marcas dicen/advierten/señalan/recuerdan lo inconveniente de esa mujer insumisa. Así, la mostración reiterada de la escena de la violación abre significaciones como estrategia discursiva, ya que produce un efecto de reduplicación de la violencia sobre el cuerpo de Djamila y ese gesto escritural inscribe ideológicamente a esta narrativa testimonial en un registro feminista: las mujeres pagan con su corporalidad sexuada el franqueo de los límites dispuestos para ellas por la cultura patriarcal. Como señala Alejandra Ciriza en un artículo sobre la violación como forma de tortura durante las últimas dictaduras en Argentina, Chile, Brasil, Paraguay y Uruguay, ahora y durante siglos la violación ha sido utilizada “como mecanismo eficaz de reclusión de las mujeres en espacios de circulación restringida. La dificultad, pues, reside en comprender que esas violaciones (como muchas otras que se perpetran a diario) eran y son posibles porque existen relaciones sociales que las hacen culturalmente admisibles” (2010, 2). Así, Djamila será construida en la textualidad del relato como un símbolo capaz de hacer visible que las mujeres reciben la tortura de la violación como acto moralizante y disciplinador, no sólo por su pertenencia a una organización independentista enfrentada al régimen, sino también porque deben ser castigadas por su ingreso a un espacio vedado a ellas, al territorio de la práctica política, al lugar de la rebeldía.

CONSIDERACIONES FINALES

Entre el relato singular y el *archivo* se establece una relación tal que abre o cierra la posibilidad de que los/las sujetos hablen, de la misma manera que modela las formas de narración de las experiencias políticas y las maneras de (re)significarlas. Así, las formas de recordar/olvidar/narrar/nombrar la experiencia de la sexuación dependen de las condiciones históricas-sociales. Por ello existen momentos que marcan inflexiones significativas para la emergencia de relatos testimoniales sobre experiencias políticas de mujeres. *Djamila Boupacha* constituye una narrativa testimonial en la que es posible visibilizar con claridad las oportunidades habilitadas para la toma de la palabra y la escucha de una experiencia articulada en clave anticolonialista y antipatriarcal en ese clivaje histórico que constituyen los sesenta, en un hito de las trayectorias militantes de las testimoniadas mostrando así la dialéctica existente entre el ser humano y su temporalidad como lo vivido dramáticamente por un/una sujeto, en un terreno no elegido e históricamente marcado (Ferrarotti, 1990, 7). En este sentido el relato, enunciado como *praxis*, da cuenta de la corporalidad de una mujer militante mostrándola con las huellas de ese campo de poder constituido por las relaciones de género. Las significaciones que sobre esta corporalidad produce el discurso testimonial se tejen en torno a una reivindicación de justicia no sólo por la integridad del cuerpo de Djamila en tanto presa política, sino también por su condición de mujer rebelde sobre la cual el patriarcado ha perpetrado una venganza. De allí la peligrosidad ambivalente de un discurso que se filtra en el *archivo*, que porta en su “tener lugar” la impronta de sus condiciones de enunciación, es decir, que habla de una identidad de las que luchan, de una sororidad posibilitadora para la narración de las experiencias femeninas, y que articula un espacio donde las mujeres se reconocen como sujetos colectivos de acción emancipatoria.

NOTAS

1. Este trabajo ha sido producido a partir de una serie de anotaciones surgidas del registro escrito que fui elaborando durante algunas semanas a principios del 2011 frente a la escucha de la traducción de *Djamila Boupacha* que generosamente realizó Alejandra Ciriza del original en francés. A lo largo de varios encuentros, se dedicó a leer en francés y traducir al español los testimonios hilvanados en el texto que he

abordado. Por lo tanto todas las citaciones del texto que aquí se hacen corresponden a esa generosa traducción. Para Alejandra mi infinito agradecimiento, siempre.

2. Tomo de la interpretación que realiza Michael Löwy en *Aviso de incendio* acerca de las tesis de Walter Benjamin "Sobre el concepto de la historia", la idea de que el sujeto histórico que produce el testimonio no sólo abarca a los/las testimoniados de las clases oprimidas sino también al historiador/a que ha escogido el campo de los/las subalternos/as como posición desde la cual configurar su punto de vista (2002,76).

3. En *Nacemos de mujer* Adrienne Rich plantea: "Estoy cada vez más convencida de que sólo el deseo de compartir una experiencia privada y muchas veces dolorosa, puede capacitar a las mujeres para crear una descripción colectiva del mundo que sea verdaderamente nuestro" (1996, 51). En el mismo sentido, Audre Lorde relata en *La hermana, la extranjera*: "Yo iba a morir tarde o temprano, hubiera hablado o no. Mis silencios no me habían protegido. Tampoco las protegerá a ustedes. Pero cada palabra que había dicho, cada intento que había hecho de hablar sobre las verdades que aún persigo, me acercó a otra mujer, y juntas examinamos las palabras adecuadas para el mundo en que creíamos, más allá de nuestras diferencias" (1984, 5).

4. Henri Alleg (1921-2013) fue un periodista franco-argelino, director del periódico *Alger republicain* y miembro del Partido Comunista Francés. Dado que los comunistas dieron su apoyo a la guerra de liberación lanzada por el FLN en Argelia, y el diario dirigido por Alleg fue un vehículo de ese apoyo, la represión francesa se abatió sobre Henri, quien será capturado en 1957 y sometido a torturas por la División de Paracaidistas del ejército francés. Durante su secuestro escribió *La question*, una autobiografía prologada por Jean-Paul Sartre, publicada en francés en 1958, en la cual relata y denuncia torturas padecidas por civiles durante la guerra de Argelia. La detención de Alleg se produjo un día después de la desaparición del profesor universitario comunista Maurice Audin (1932-1957), activista por la independencia de Argelia. Según sus familiares y para muchos periodistas e historiadores, Audin murió durante las sesiones de tortura a las que los sometieron paracaidistas franceses. Alleg fue procesado y condenado por la justicia francesa a 10 años de prisión. En 1961 escapó de la prisión de Rennes con la ayuda del Partido Comunista francés.

5. El Manifiesto de los 121, o bien "Declaración sobre el derecho de insubordinación en la guerra de Argelia" fue una carta abierta firmada por 121 intelectuales y publicada el 6 de septiembre de 1960 en la revista *Vérité-Liberté*. En este texto se exigió al gobierno francés y a la opinión pública que reconocieran la guerra de Argelia como una legítima lucha por la independencia, denunciando el uso de la tortura por parte del ejército francés.

6. Foucault reflexiona intensamente acerca de la potencialidad del discurso, del lenguaje para dar cuenta de los hechos. En este sentido, asevera que en toda sociedad la producción del discurso está controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen la función de ejercer dominio sobre las posibilidades de decir en un momento histórico determinado. Estos son procedimientos de exclusión que establecen las prohibiciones y aceptaciones en relación a lo que puede ser dicho o silenciado. En este campo establecido por los dispositivos de control en los discursos de circulación social, se juega la posibilidad de decir (1992, 11-12). Giorgio Agamben recupera esta idea de Foucault tomando su noción de "archivo". El archivo constituye la dimensión positiva que corresponde al plano

de la enunciación, es decir, es el conjunto de reglas que definen los acontecimientos de discurso, situándose entre la *langue*, como sistema de construcción de frases posibles y el *corpus* que reúne el conjunto de lo ya dicho, de las palabras que han sido efectivamente pronunciadas o escritas. De este modo, el archivo es lo decible, y se configura en un sistema de relaciones entre lo dicho y lo no dicho en cada acto de palabra. En otras palabras, el archivo es un sistema de enunciados que se pueden agrupar conforme a un régimen preciso de aparición y emergencia, es lo que permite establecer la ley de lo que puede ser dicho, el sistema que rige la aparición de los enunciados como acontecimientos singulares y regula las prácticas discursivas. No es lo que permite conservar o preservar lo dicho en una memoria colectiva sino lo que establece las condiciones de enunciabilidad. En este sentido, en oposición al *archivo*, Agamben sitúa al “testimonio” y lo conceptualiza como un sistema de relaciones entre lo decible y lo no decible en toda lengua, es decir, entre una potencia de decir y su existencia, entre una posibilidad y una imposibilidad de decir. Pensar el testimonio en estos términos significa inscribir en la posibilidad de decir una cesura que la divide en una posibilidad y una imposibilidad, en una potencia y una impotencia, y situar al sujeto en tal cesura. El testimonio es una potencia que adquiere realidad mediante una impotencia de decir y una imposibilidad que cobra existencia a través de una posibilidad de hablar. Por esto, el testigo, se presenta como quien puede hablar por aquellos que no pueden hacerlo (Agamben, 2000,141-144). Desde esta perspectiva, se hace necesario asumir, por una parte, que los testimonios constituyen una puesta en discurso de una experiencia que cabalga en el límite, en la tensión entre lo que puede ser puesto en palabras y lo que no, y por otra parte, que el testimonio se articula en la mediación de un lenguaje sujeto a las posibilidades y los modos de decir que son factibles en un momento histórico determinado.

BIBLIOGRAFÍA

- AGAMBEN, Giorgio. *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*. Valencia: Pre-textos, 2000.
- ANGENOT, M. *El discurso social. Los límites de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2010.
- BENJAMIN, Walter. *Para una crítica de la violencia*. México: La nave de los locos- Premiá editora, 1982.
- CALVOCORESSI, Peter. *Historia política del mundo contemporáneo: de 1945 a nuestros días*. Madrid: Akal, 1999.
- CHARTIER, Roger. *El juego de las reglas: lecturas*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- CIRIZA, Alejandra y otras. *En memoria de Simone de Beauvoir. Herencias, debates, lecturas inesperadas*. Buenos Aires: Leviatán, 2011.
- CIRIZA, Alejandra. “Sobre las violaciones cometidas en los centros clandestinos de detención como delitos de lesa humanidad”. En: *Sin Permiso*,

- www.sinpermiso.info. <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=380> [última visualización 26 de diciembre de 2010]
- DE BEAUVOIR, Simone y Gisèle HALIMI. *Djamila Boupacha*. París: Galimard, 1962.
- FERRAROTTI, Franco. *La historia y lo cotidiano*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1990.
- FOUCAULT, Michel. *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets Editores, 1992.
- JELIN, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI, 2002.
- LORDE, Audre. *La hermana, la extranjera*. Madrid: JC Producción Gráfica-LIFS, 1984.
- LÖWY, Michael. *Walter Benjamin. Aviso de incendio*, Argentina: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- MARSO, Lori and Patricia Moynagh. *Simone de Beauvoir's Political Thinking*. Urbana and Chicago: University of Illinois Press, 2006.
- MURPHY, Julien. "Beauvoir and the Algerian War". En: Margaret Simons (Ed.). *Feminist interpretations of Simone de Beauvoir*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press, 1995.
- RICH, Adrienne. *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*. Madrid: Cátedra, 1996.
- SARTRE, Jean Paul. "Prólogo". En: Frantz Fanon. *Los condenados de la tierra*. Buenos Aires: FCE, 1974.
- SEGATO, Rita Laura. *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la Antropología, el Psicoanálisis y los Derechos Humanos*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2003.
- SMITH, Dorothy. *El mundo silenciado de las mujeres*. Santiago: CIDE, 1989.
- STONE-MEDIATORE, Shari (1999): "Chandra Mohanty y la revalorización de la experiencia", en *Hiparquia*, Vol. X, N°1, Buenos Aires, Asociación Argentina de Mujeres de Filosofía.
- TINAT, Karine. "La biografía ilusoria de Simone de Beauvoir". En: *Estudios Sociológicos*, 81 (2009): 755-800.
- URONDO, FRANCISCO. *La patria fusilada*. Buenos Aires: Ediciones de Crisis, 1973.